

La Argentina de Alfonso Reyes

BLAS MATAMORO*

Alfonso Reyes estuvo un par de veces en la Argentina, como embajador de México. En 1927, siendo presidente Alvear, en el inopinado final de una década próspera, durante la cual el país del sur superaba, a veces, en velocidad de crecimiento, al mismo Canadá. La otra, en 1936, en el centro de la gran depresión, bajo un gobierno surgido de elecciones poco diáfanas. En España se iniciaba la Guerra Civil y el México de Lázaro Cárdenas era, prácticamente, el único apoyo diplomático latinoamericano al gobierno legítimo. A Reyes tocó colaborar en y dirigir la formación de entidades civiles de apoyo al gobierno republicano, nucleando las simpatías argentinas por la República y recibiendo a los primeros exiliados.

Culturalmente, los dos momentos difieren bastante. Los años veinte son de vanguardia: ultraísmo en poesía, cubismo en pintura, racionalismo en arquitectura, dodecafonismo en música, ideologías radicalizadas hacia el nacionalismo y el comunismo en política.

La década del treinta, tiempo de emergencias fascistas, es una etapa de repliegue y llamado a la prudencia. Los jóvenes de la vanguardia se convierten en neoclásicos. Entre ellos, dos eminentes amigos de Reyes: Borges y Marechal. En el centro de este fenómeno figura la fundación de la revista *Sur*, en 1931, en cuyo comité figura Reyes, amigo y mentor de la directora, Victoria Ocampo.

* BLAS MATAMORO: Ensayista y crítico argentino. Director de *Cuadernos Hispanoamericanos*.

Las vinculaciones de Reyes con la literatura argentina pasan por esta zona intelectual que, tras cruzar el campo de las vanguardias, se remansa en un racionalismo liberal y en la consolidación de un gusto elegante y comedido, respetuoso de los modelos tomados como clásicos.

En artículos y cartas podrían rastrearse las numerosas preocupaciones comunes a Reyes y a ciertos escritores argentinos, con todo el anecdotario del caso. Baste pensar en el nombre más notorio de todos ellos, Borges. Reyes es el introductor en castellano de Gilbert Chesterton, uno de los modelos del paradojismo borgiano. Y es también, quizás, el primer crítico que repara, en nuestra lengua, en la importancia estética e intelectual de la literatura policiaca, que Borges manejará como alegoría metafísica en tantas de sus memorables ficciones. Borges, el memorioso, que compra la *Enciclopedia Británica* con los 300 pesos del Premio Municipal, precisamente, por consejo de don Alfonso.

De todos los perfiles de la vinculación entre Reyes y la Argentina me interesan sus observaciones sobre la sociedad de mi país de origen. En esos años se produjeron hasta el agobio unos textos de impresiones sobre la Argentina, sin duda suscitados por el fenómeno de este país en el cual una rápida prosperidad parecía haber sustituido la inexistente antigüedad de su civilización con una apariencia de consolidado europeísmo. Libros de viajeros profesionales como Paul Morand y Jules Huret, o de filósofos viajeros, como Ortega y Gasset, Waldo Frank, John Günther o el conde de Keyserling.

Reyes desconfiaba un tanto de estos discursos neorrománticos, basados en la llamada “psicología de los pueblos”, que pretendían encerrar una supuesta esencia nacional en lo hondo de un misterio colectivo que sujetaba todos los aspectos de la vida social. Autores argentinos de la época insistieron en el tema del ser nacional, razonando con pesimismo o con conciencia de crisis y de espera el mal momento de la llamada década infame: Martínez Estrada, Scalabrini Ortiz, Mallea, Marechal, entre otros. Eran años de dominio spengleriano, desde la aparición de *La Decadencia de Occidente* en la traducción madrileña de 1923.

Prueba de la distancia tomada por Reyes ante este tipo de literatura es su juicio sobre Keyserling, en su artículo “Keyserling en Buenos Aires” (1929):

Mago sin cábalas ni misterios, que cree en la acción a distancia, es profeta profesional, y ha fundado escuela de profetas y, en cierto modo,

tienda de profecías... con todas las arbitrariedades saludables de los apóstoles. Trae un mensaje para los hombres y él habla de sí mismo como de un cartero que anda repartiendo sus encomiendas.

Reyes, por el contrario, no concibe la Argentina y América en general como sentimiento y misterio, sino como inteligencia e historia. Sus razonamientos sobre el país austral se encuadran, por lo tanto, en su visión global de América, expuesta en textos como *Notas sobre la inteligencia americana* (1936), *El destino de América* (1942), *Korn y la filosofía argentina* (1939) y *Palabra sobre la nación argentina* (1929).

América, a través de sus historias, se tensa y desgarras, según Reyes, entre dos polos de fuerza: su tardía incorporación al mundo histórico de la modernidad y la impronta decisiva de lo utópico en la formación de su imaginario.

Llegada tarde al banquete de la civilización, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado tiempo a que madure la forma precedente.

Las grandes zancadas históricas, la audacia que nace de la escasa tradición y la tendencia a la improvisación surgen como consecuencias de aquel cuadro general. América ha llegado tarde a un mundo viejo que la imagina como el lugar de la utopía, como la república feliz. América es el único lugar utópico que conserva la historia (pensemos que Reyes escribe en los años del fascismo y la guerra, cuando América vive en paz y prospera gracias, precisamente, al mercado febril creado por la guerra misma). Es como una suerte de deber histórico: creer que se puede tocar la tierra de Utopía.

El drama histórico americano se diseña, pues, entre esos dos extremos: el mundo feliz pero primitivo y bárbaro del buen salvaje, y el mundo, siempre angustioso y desdichado, del progreso civil. Ello, acentuado por la dispersión en nacionalidades y caudillajes que produce la destrucción del orden colonial. América no ha recuperado ni construido su unidad.

Ya Pablo Macedo, en 1904, denunciaba los espejismos de la grandeza americana en unas páginas que Reyes recuerda y glosa. El desierto, el espacio titánico, la naturaleza imponente y virgen son característicos de la belleza intacta de América, pero también rasgos de atraso, de falta de iniciativa, despoblación y miedo a la naturaleza original. En América sólo es válida para

Reyes, la teoría que es motor de la práctica, el logos de la acción. Es importante reflexionar porque el problema es del orden de la inteligencia, en un continente donde faltan filósofos políticos y sobran políticos profesionales.

Un ejemplo de esta actitud americana es, para Reyes, la literatura del modernismo, que recupera para la poesía de la lengua unos elementos olvidados por la literatura española de la época: latinismos gongoristas, el endecasílabo anapéstico o de gaita gallega, el eneasílabo, la cuaderna vía con sus alejandrinos, unos vocabularios preteridos, las figuras del romancero no pasadas por el romanticismo francés, etc. El ámbito del discurso hispánico se renueva, se refunda y cobra una nueva unidad, distinta de la impuesta por el imperio colonial español y, al tiempo, hondamente española. Cf. *El diálogo de América* (1940), *El pasado inmediato* (1941).

Por todo esto prefiere don Alfonso hablar de la inteligencia americana, visión de la vida y acción en la vida de los hombres americanos. Civilización es un término inoportuno, porque evoca la arqueología de los mundos indígenas, históricamente muertos y conclusos. Lo mismo si empleamos la equívoca palabra “cultura”, que limita la existencia de América al trasplante de la rama europea al suelo de ultramar. Una inteligencia americana que es de menor especialización intelectual que la europea, con más aire de la calle y menos torres de marfil. Pesa sobre ella la acción, es decir el mundo de lo transitorio. Es discontinua y su trabajo, esporádico. Su necesidad de proveerse fuera la aleja del nacionalismo y de la belicosidad que dominan en la inteligencia europea de esos años. América es, como inteligencia, cosmopolita, pacífica, con los pies asentados en la tierra.

No le interesa, pues, la filosofía especulativa, sino la filosofía aplicada, la política. La abstracción parece no echar raíces en América. Nuestra filosofía ha de brotar de nuestra necesidad.

Dentro de este cuadro general, Reyes dibuja otra oposición, los dos extremos de América que señalan su latitud como espacio histórico: México y Argentina.

De México hace ya un esbozo apretado y dramático en 1915, en su destierro madrileño, cuando escribe *Visión de Anáhuac*, reconstrucción lírica de la vida prehispánica donde se rastrea ya un destino histórico para los mexicanos. Entre el imperio azteca y ese otro imperio que fue la

dictadura ilustrada de Porfirio Díaz, que llega hasta la Revolución, los mexicanos desarrollan un hado de mesetarios, son un pueblo “gracioso y cruel” cuya ocupación constante es desecar el suelo, acumular el agua y temer su venganza impetuosa. Un pueblo constructor de desiertos, que conduce pantanos y tala bosques.

En el imaginario mexicano se genera, así, una oposición dual, muy típica de la mentalidad de Reyes: el par selva ciega / meseta lúcida. México se decanta por la piedra y la luz, la nitidez y la meditación que se simbolizan en el paisaje mesetario, cifra del trabajo humano frente a la abundancia sin historia de la jungla paradisíaca.

Este dualismo no es pacífico, pues monta su propio drama, al tensar las relaciones del hombre con la naturaleza. En un caso, se trata de domeñarla. En el otro, de adorarla como sagrada. La historia, importación de los conquistadores aztecas y españoles que señorean en el Anáhuac, entra en conflicto con la cosmogonía. En un caso, el hombre se manifiesta y se afirma como discrepante del medio, como señor conflictivo de las fuerzas naturales. En el otro, como una armoniosa partícula del cosmos natural.

El sentimiento nacional mexicano, visible ya en la Nueva España del siglo XVII, intenta sintetizar ambos componentes. El patriciado criollo se manifiesta antiespañol y se identifica con la desaparecida aristocracia indígena, al tiempo que asume el idioma, la legislación y la cultura barroca llevadas desde España por la conquista ultramarina.

México es un país con pasado, con un pasado equivalente a las más antiguas culturas de la humanidad, vuelto hacia él y al complejo de sus tradiciones. Lo conforman una raza vieja y derrotada y otra, nueva y conquistadora. Responde al modelo de país europeo, rico de siglos y de reflejos inmemoriales. Sin embargo, por paradójica, las instituciones extranjeras, llevadas de civilizaciones tan antiguas como ella, hallan dificultades para arraigar. Así ocurre con el liberalismo europeo y el federalismo norteamericano.

El modelo opuesto de país americano es, ante México, la Argentina. País de historia leve lo define Alfonso Reyes, país inmigratorio en cuyo escenario se renuevan y regeneran las viejas razas europeas. En Argentina hay más colonización que conquista, más instituciones que religiones, más agricultura que guerra. Es el tipo de nación nueva, crecida en la modernidad misma, donde no parece advertirse el antes señalado desfase entre América y lo moderno.

La Argentina pertenece a ese género de país en que figuran, también, Canadá, Australia y Estados Unidos. Es curioso que el parangón se establezca con conglomerados anglosajones, como si la Argentina hubiera escogido un modelo no latino. Son países sin apenas pintoresquismo castizo, en los que arraigan con cierta facilidad las instituciones extranjeras. Como es lógico, en un medio social de inmigrantes pobres, el conflicto entre el patriciado tradicional y las masas aluvionales recién llegadas es más notorio. A Reyes toca ver la Argentina de las vacas gordas, donde muchos tienen la oportunidad de enriquecerse rápidamente y ocultar su origen bajo los afeites de la buena sociedad, la llamada, bien que mal, oligarquía.

El escritor mexicano advierte algunos rasgos muy elogiados de la sociabilidad argentina. El dinamismo pacífico, por ejemplo, el cambio revolucionario constante y no violento que se da en el país, unido a la abundancia de humoristas y satíricos, hechos que le parece señalar la presencia de una raza fuerte.

Frente a ello, subraya algunos aspectos viciosos de los argentinos. Una sociedad de recién venidos y con instituciones importadas, a menudo imitadas pero no emuladas, tiende a la uniformidad y al empaque, al predominio de la forma sobre la espontaneidad y de la apariencia sobre el ser. Hay un excesivo respeto a los formulismos, las solemnidades, las jerarquías y las distinciones, como si se quisiera enfatizar en lo exterior aquello que, por dentro y sustancialmente, falta.

Reyes se vale del análisis de dos argentinismos para probar lo que observa. Uno es la paquetería, el estar paquete, el paquetear. Esto implica andar bien vestido, muy arreglado y compuesto y son denominaciones que derivan de empaque. Otro es la parada, la preocupación por la fama exterior, por la fórmula. Se trata de un acatamiento externo a la cultura como sistema de fórmulas, que eclosiona en el culto candoroso de los argentinos por el doctorado. Todos quieren ser doctores o, al menos, como en la clásica pieza de teatro, tener un hijo doctor.

Reyes repara en lo que han visto tantos viajeros: en la buena apariencia de los argentinos, su cuidado por la ropa, su limpieza personal, lo que llamamos la "prolijidad", es decir el buen orden del vestido y los accesorios personales. Todo ello corrobora la carencia íntima y su compensación exterior, pero también define a la sociedad argentina como orgánicamente democrática, una sociedad en que es difícil distinguir a la gente, en cuanto posición social, por su aspecto externo. Es como si la Argentina hubiera sido

creada por la mera y pura voluntad de los hombres y no por el acarreo de la necesidad histórica. Esto da a los argentinos una dosis excesiva de confianza en sus propias fuerzas, lo cual es bueno en tanto acrecienta el voluntarismo y promueve las empresas individuales y colectivas, pero es dañino cuando se convierte en prepotencia, el típico “prepo” rioplatense, la guapeza o el culto nacional del coraje, según los vocabularios que se prefieran.

Las circunstancias históricas en que Reyes hizo sus apuntes han cambiado mucho. Inestabilidad y estancamiento son las notas dominantes en el panorama latinoamericano. Sin embargo, las intuiciones del maestro mexicano son válidas. La impregnación utopista en el imaginario latinoamericano y en el proceso de fundación de América han sido confirmadas por historiadores profesionales como Edmundo O’Gorman y José Antonio Maravall. Bajo forma de naturalidad, originalidad, revolución o mesianismo, la utopía sigue frecuentando la historia de América. Las dificultades para asimilarse al mundo moderno, las supervivencias corporativas, patrimonialistas y personalistas en la conducción de las sociedades, siguen en pie. Hoy como entonces, la advertencia de Alfonso Reyes es legítima: actuemos con inteligencia. Nuestros problemas históricos han de ser encarados con racionalidad histórica. La América del prodigio y de la magia ha de ser sustituida por la América del trabajo y de la razón.